

Bienvenido Mr. Hobbes Rolando Cordera Campos

Con una economía reptante, a punto de convertir en virtud el regodeo en el estancamiento estabilizador a que se han dado sus propulsores y usufructuarios inmediatos, la política aparece pujante e impetuosa, llena de brío y enjundia, para de inmediato, digamos que cada 12 o 24 horas, traernos a la realidad implacable: cero ideas y propuestas, deliberación por debajo de cero, polémica inexistente, una “una tradición lejana” como optimistamente la ha llamado Carlos Monsiváis.

Hace unos años, mi amigo José Casar empezó a escribir un ensayo sobre el cambio económico mexicano que llamó la “gran promesa”. Con ese título, Casar quería sugerir que la mutación estructural hacia una economía abierta y de mercado era susceptible de convertirse en un nuevo curso de expansión y desarrollo, si se llevaban a cabo las políticas de promoción requeridas: en sus términos de entonces, si el Estado se decidía a hacer política industrial en las nuevas condiciones del mundo y del país, en buena medida propiciadas por el propio cambio estructural.

En su reciente entrega en Nexos (10/04, pp. 57-66), Casar y Ros nos informan de la dificultad inmovible que la recuperación del crecimiento enfrenta hoy, debido sobre todo a la renuncia sostenida de los últimos gobiernos a tomar aquellas decisiones y, ahora, también al mantenimiento de una política macro económica centrada en la estabilidad monetaria y hostil a toda idea de fomento del crecimiento o, al menos, de compensación del ciclo económico internacional y estadounidense al que estamos unidos. Malas noticias, más aún cuando las cúpulas económicas y políticas se dan a la celebración de unas cifras de crecimiento que, como advirtió el gobernador de Condesa y Cinco de Mayo, más bien corresponden a un “mal año” y no a lo que debía ser uno bueno.

La política no se contrapone al mal desempeño económico que amenaza volverse rutina y en realidad parece querer estar en sintonía con esta desdichada situación. Desde la cumbre del Estado todo parece trabajo de zapadores y el fin del autoritarismo se confunde con la demolición sistemática y hasta entusiasta del Estado. De Tláhuac a La Palma, de Nayarit a los table dances, de la Corte al presupuesto, todo desemboca en una erosión institucional formidable que sería la envidia del anarquista más audaz y delirante. Y en este compás de mueven partidos, aspirantes, oposiciones y fuerzas vivas. Y unos medios que, como dice José Carreño (La crónica, 20/01/05, p.3) sobre explotan un mercado sin regulaciones para gozar al máximo de “la impunidad, el poder y el dinero”.

En el PRD se descubrió al complot como disculpa universal y nadie parece dispuesto a hacerse cargo de la profunda crisis del partido y menos aún de la probabilidad de un vuelco tumultuoso de sus bases no contra su fantasmal dirigencia sino contra la política democrática en su conjunto. La afirmación de la autonomía del poder legislativo se confunde en ese partido como guerra patria contra los otros poderes del Estado, ahora en especial la Suprema Corte, pero no para adelantar una reforma de fondo sino para contribuir a su desplome. No es hoy el PRD un partido de Estado, como lo prometían sus fundadores, tal vez porque es víctima de sus propias, pueriles, fórmulas: tanto hablar

contra el “régimen de partido de Estado” lo llevó a olvidarse de la importancia vital, central, del Estado para sustentar sus reclamos y promesas de cambio democrático y aquí está, una formación nómada en busca de tribu.

El PAN presumió por mucho tiempo de su inmunidad ante la corrupción impuesta por el autoritarismo. Era el partido de la política porque en ella veía la ruta para una “patria libre y generosa”. Pero no resistió los primeros influjos de las alturas, no supo racionar el oxígeno que ofrece siempre el poder, sobre todo cuando es legítimo, se olvidó de sus bases y afluentes doctrinarios, de la Rerum Novarum a la ambición democristiana o el solidarismo, y adoptó la sabiduría de Luis Pazos y aquí lo tenemos, paseando por el mundo y el país las dolencias de una inmunodeficiencia adquirida por falta de prevención mundana.

Por su parte, el PRI se empeña en convertir la sucesión en casa de los sustos; del engaño al autoengaño, sus grupos dirigentes practican un sonambulismo cotidiano como forma de hacer política, con tal de no encarar su falla primordial: no son una formación política normal y moderna; han sido incapaces de actualizar su pacto fundador, porque no quieren asumir que lo que le daba sentido a éste ya no está más entre los vivos. Entre un nacionalismo revolucionario en buena medida imaginado, e imaginario, y un neoliberalismo impuesto y nunca cuestionado racionalmente, el priismo vive su propio laberinto sin rumbo ni timón y sus timoneles optan por hacer como si no se tratara de un buque sino de una lanchita en el Lago de Chapultepec.

Todos a una juegan con fuego pero buscan dar la impresión de que portan traje de asbesto. La tentación de anunciar que el fin ya viene es mucha, pero la verdad es que esta funesta manera de vivir la política y sobrevivir la economía puede durar por mucho tiempo. De aquí, sobre todo, el hartazgo juvenil y su obsesión con la salida, la fuga, la evasión.

No vivimos el “estado de naturaleza” pero no estaría de más echarle una llamadita al profesor Hobbes.